

---

---

## DEL SANTO SACRAMENTO DEL ORDEN.

---

### PLATICA LV.

---

A 5 de Setiembre de 1694.

---

**E**S el orden alma de la hermosura, vida de la armonía, sér de todo lo artificioso y decoro de lo natural; es de todo el universo el orden, el nudo que lo liga, el vínculo que lo mantiene y la belleza toda que lo hermosea: *Optimum universi est ordo*, dijo Aristóteles. Así vemos, que en orden inviolable los cielos mantienen la consonancia de sus tornos, los planetas observan la armonía de sus aspectos, los astros reparten la benignidad de sus influjos, los elementos alternan de su actividad los efectos, á cuyos ordenados pasos sigue hermoso el orden de los días, el de las estaciones y el de los tiempos, y acompañan ordenada en sus alternadas mutaciones toda la tropa de los mixtos. Así

desde lo mas alto del cielo, el orden es el que viene dando vida al universo en su natural hermosura. Y en lo artificial, sin el orden, ¿dónde se hallará con el decoro la armonía en las fábricas, por la proporcion de unas con otras partes: en las labores, por la simetría de unas con otras líneas; y en la música, por la dulzura de unas voces con otras? En lo político, ¿qué fuera una República sin orden? Y desordenado, ¿qué fuerza le quedará á un ejército? Solo el infierno, en fin, es el que sin orden, confuso, en eso mismo tiene el colmo mayor de sus horrores: *Ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.*

Este, pues, universo todo, ya en lo natural, ya en lo artificial, (*Pycimelus lib. num. 141.*) ya en lo Político, todo como reloj de ruedas superiores que mueven, y de inferiores ruedas que siguen el orden de unas partes con otras, es el que les dá el sér, la vida, el movimiento y la hermosura: *Pondus, et ordo movent.* Y si así formó Dios, aun lo material, aun lo inanimado, aun lo muerto, dándole á todo vida con el orden: *Quæ á Deo ordinata sunt.* (*Ad Rom. 13.*) que dijo San Pablo, ¿cómo á lo espiritual de su mejor Reino, á lo Sagradamente vital de su mejor República, á lo eterno de su Palacio, que es la Iglesia, no le daría con el orden toda superior belleza? *Deus ni donibus ejus cognoscetur*, decia David, y lee San Agustin: *Deus in gradibus ejus cognoscetur*; se dará Dios á conocer, mejor que en toda la fábrica de los Cielos, mejor que en toda la hermosura del Universo, en los grados con que disponiendo del Palacio de su Iglesia el servicio, retratará en la tierra el orden de aquellas celestiales Gerarquías, que en nuevos distintos Coros, unas superiores, é inferiores las otras, si todas forman

el concepto mas admirable en la Glória, acá en la tierra el órden hace que de distintos sagrados ministerios resulte el resplandor, el decoro, el lustre y la armonía de la Iglesia.

Instituyó, pues, nuestro Señor Jesucristo el soberano Sacramento del Orden para hacer en su mejor República de nobles y plebeyos, de inferiores y superiores, para que gobernando los unos, y obedeciendo los otros, se mantenga así el supremo decoro de sus Divinos cultos. Por eso para los mas interiores de su casa, para Ministros allegados de su Palacio, á los que en este Sacramento escoge, los hace subir sacándolos del mundo, apartándoles de la tierra. *Ex hominibus assumptus*, de uno en otro grado hasta el supremo del Sacerdocio, para que estos sean los canales por donde se deriva á nuestros pechos la luz de la misma Divinidad; estos los intérpretes de Dios, estos los Maestros de la Fé, estos los oráculos del Cielo, estos los dispensadores de la Gracia, estos los archivos de la Divina Sabiduría, estos los Secretarios del mas Divino Consistorio. Por tanto, yo no pretendo explicarles el grado tan eminente á que han subido aquellos que lo gozan, y que me lo pueden á mí enseñar como mis maestros. Apuntaré solo á los fieles lo que es el Sacramento del Orden, porque lo pide el órden de los Sacramentos: diré solo de la suprema dignidad que confiere la grandeza, porque mira á celebrar con este órden de la Gerarquía de la Iglesia la mayor hermosura.

Este Sacramento, pues, es con un modo admirable la fuente y manantial de los demas Sacramentos, pues todos necesitan del Sacramento del Orden para tener legítimos Ministros. Los demas Sacramentos todos los recibe cada uno solo para

si; para sí solo se bautiza el que se bautiza, se confirma el que se confirma; pero este Sacramento, el que lo recibe, no es para sí solo, es para el comun obsequio y provecho comun de los fieles y de la Iglesia. Son, pues, siete distintas órdenes. Ni me digan que cómo es un Sacramento solo, si son las órdenes siete distintas, que si cada uno es grado hasta el supremo, no deja de ser una la escalera porque sean muchos y distintos los escalones que la componen. Así pues, en esta escala de grados celestiales, siete son los órdenes que á manera de Angeles distinguen sus soberanos ministerios. Desde lo inferior á lo superior, desde la puerta de la Iglesia hasta el altar, desde repeler allí los indignos, hasta hacer bajar aquí todos los cielos. Desde la puerta dije: es el *Hostiario*, primer grado, primer órden que tiene por oficio abrir á los fieles la puerta, y cerrarla á los infieles y excomulgados que no pueden asistir al soberano Sacrificio. Ya mas dentro el *Lector*, segundo grado, órden segundo, que leyendo los sagrados libros, adoctrina tambien y enseña los misterios de la fé á los catecúmenos. Donde los hay, se entiende, aunque para enseñarles la doctrina, muchos pienso, que bautizados desde niños, aun era menester enseñarla. Ya mas dentro, y con mas superior potestad el *Exorcista*, tercer grado, órden tercero, tiene por ministerio librar á los endemoniados para que no inquieten ni turben los Divinos Oficios. Acá, dicen, que no hay entre nosotros endemoniados; mas segun suelen ser aun en la misa las parlas, las indecencias, los visages, bien pienso que para muchos eran menester exorcismos. Y ya mas á lo interior, allá en el Presbiterio, el *Acólito*, ese es el cuarto grado, el órden cuarto, á servir á los ci-

riales, los incensarios, las vinageras. Pero entrando luego, y á lo mas sagrado, y á la redonda del altar, el Subdiácono á prevenir en él los sagrados Vasos, el Diácono á ministrárselos inmediato al Sacerdote. ¿Y el Sacerdote á qué? A hacer bajar á Dios á la Hostia, á trasladar todo el cielo á la Iglesia, y á levantar la Iglesia hasta el cielo con el mas Divino Sacrificio. Así, pues, prevenido de ministros el celestial Palacio, se ve servido, ¡con qué magestad asistido, con qué decoro celebrado, con qué veneracion, que tantas veces llenando de religioso asombro á los infieles, aun solo por este exterior que se mira, les ha hecho conocer la suprema Dignidad que se venera!

No es, pues, esta distincion soberana de ministerios y de oficios, como los demas de la tierra, que todos sin duracion ni permanencia, consisten, ó en solo nombramiento, ó en eleccion sola, ó en sola aprobacion. ¡Oh, qué ventaja tan reelevante la de estos ministros de Dios, no solo sobre otros ministros, sino aun sobre los Reyes y Emperadores del mundo. Consiste pues esta potestad soberana de cada uno de los órdenes, en la consagracion que de aquel hombre hace á Dios el Obispo, ministro de este Sacramento, al punto que, dándole la materia de cada orden, le dice las palabras de la forma, y con la gracia que al alma le confiere, le imprime al mismo tiempo el carácter, por el cual aquella dignidad es eterna. Las más sublimes dignidades del mundo, duran cuando mas lo que dura la vida; y la muerte desnuda á los Reyes, depone á los Emperadores; y aun antes, ¿cuántos se ha visto caerles de las manos el cetro, y de grandes monarcas han llegado á ser viles esclavos? ¿Cuántos endiosados por el tiempo de

nuestra voluntad, los hemos mirado depuestos? ¿Y cuántos que bárbaramente se dicen hombres de mi carácter, los hemos visto sin ese que con punto de blasfemia, ellos llaman su carácter? Pero la dignidad sacerdotal no es de esa suerte miserable; que una vez impreso el carácter en el alma, no hay fuerza criada, ni el cielo ni en la tierra, que pueda quitarla. Un casado, si despues de muerto volviera á resucitar, ya no era casado. Un Rey, si despues de muerto resucitara, ya no era Rey; pero el sacerdote, aunque resucitara mil veces, impreso en el alma el carácter, ni la muerte que todo lo quita, pudiera quitárselo. El poder que gozan los Reyes, los Príncipes, los Gobernadores, el mando todo y el señorío todo, les viene de fuera, del consentimiento de los pueblos, de la obediencia de los vasallos; mas la potestad del sacerdote, siendo tan suprema, de nadie depende, nadie puede quitarla, y siempre en su alma resplandece.

Encontrándose en Roma San Felipe Neri, (*in ejus vit.*) con un mancebo de diez y seis años, en traje secular, se le paró mirando, y le dijo: *Dime la verdad, ¿no eres sacerdote?* Atónito el mancebo le confesó que lo era. Era esto antes de que saliesen los decretos del santo Concilio de Trento, que determinan la edad para las órdenes. El era Sacerdote, y le confesó lo habian ordenado contra su voluntad sus parientes, y que por eso andaba en aquel traje. El Santo lor edujo; y preguntándole cómo le habia conocido, dijo al Cardenal Francisco María Tarugi, que le habia visto á aquel mancebo resplandecer en la frente el carácter sacerdotal, por donde lo habia conocido. Así en los sacerdotes le conocen y lo veneran los Ange-

les. Así lo ha mostrado el cielo no pocas veces con prodigios. (Apud. Marchanti. *Candelab. Mis. tract. 7. lect. 1.*) De Conrado, Abad cisterciense, y despues Cardenal de la Santa Iglesia, varon de gran piedad, refiere nuestro Autino, que los dos dedos con que cogia la Hostia, le resplañdecian de modo que con ellos se alumbraba en las tinieblas, y que sirviéndole los dedos consagrados de candela, con ellos solo leía y estudiaba de noche. ¡Oh, qué luz, que á los unos alumbraba á la mayor veneracion, y á los otros á la mayor pureza!

Mas ya, ¿á dónde se encamina todo este orden bello, todos estos grados tan soberanos, todos estos oficios tan divinos? La Reina Sabá, no quedó embargada y fuera de sí de la admiracion solo al ver del Palacio de Salomon la grandeza, de su mesa los regalos y exquisitos manjares, sino tambien al verlos servir con tan buen orden, con tan admirable concierto á sus ministros: cada uno con su divisa en el vestido, como era el ejercicio de su ministerio: *Et ordines ministrantium, vestesque eorum.* (3. Reg. 10.) Ahí fué donde, sobre tanta grandeza, tanta magnificencia, tanto regalo, viendo lo bien concertado del servicio, no le cabia ya tanta admiracion en el alma: *Non habebat ultra spiritum.* Mas no habia visto ella de este infinitamente mas sábio Salomon, la grandeza con que para la Mesa, en que nos pone su Divinidad las delicias, ordenó su Sabiduría tanta variedad de ministros para el armonioso concierto de sus obsequios. A eso, dice Santo Tomás, (*Supp. 3. p. q. 37. art. 2.*) se encaminan todas los órdenes, á eso todos los grados y ministros de este Sacramento, y á servir todos aquella Mesa Divina, á aquel Sacrificio Soberano del Altar: *Ordinis Sacramentum*

*ad Sacramentum Eucharistiæ ordinatur: Et ideo distinctio ordinum est accipienda secundum relationem ad Eucharistiam.* Así como los templos, los altares, los vasos, los adornos, los cultos, todos son consagrados á aquel Divino Sacramento, así á sus obsequios se encaminan del Sacramento del Orden todos los ministros, ó para prevenir, ó para consagrar, ó para repartir, ó para ofrecer aquel Pan Divino por la salud del mundo al Eterno Padre. Por eso, dice el Santo Doctor, el ofrecer y consagrar aquel Divino Pan, es el primero y el principal oficio del sacerdote; el dár á éste en las manos la sagrada Hostia y el Cáliz, es ministerio principal del Diácono; el prevenirla dentro del Altar, del Subdiácono; y el servir, trayendo los sagrados vasos al Altar, del Acólito. Eso es lo que mira al mismo Sacrificio; mas porque los que lo asisten deben de ser del todo dignos, y del todo limpios, á eso miran los otros tres menores órdenes. El *Exorcista* á librar los endemoniados, el *Lector* á enseñar á los catecúmenos, y el *Hostiario* á repeler de la Iglesia los infieles y excomulgados. Porque por todas partes se vea en la Iglesia donde aquel Divino Sacrificio se ofrece, santidad, pureza, culto y reverencia. Y por eso por mas cercanos los tres primeros órdenes de *Sacerdote, Diácono, Subdiácono*, se llaman sacros, á distincion de los otros cuatro que se llaman *menores*. No porque todos no son muy sagrados, sino porque aquellos tres de mas cerca tocan y manejan lo sagrado, y por eso tambien son con especial solemne voto de castidad consagrados á Dios para mayor pureza: *Mundamini, qui fertis vasa Domini.* (*Jerem.*)

Y ya, si por escalones tan soberanos se sube hasta el mismo Solio de Dios en el Sacerdocio, has-

ta el mismo Trono de la divinidad, ¿qué dignidad será esta? ¿qué honra? ¿qué poder? Aquí faltan lenguas á los Serafines para explicarlo; aquí no alcanzan ni aun los pensamientos mas perspicaces á comprender lo que en un punto hace Dios por virtud de este Sacramento en un hombre. ¿A dónde lo eleva? ¿á dónde lo sublima? Dále pues, al Sacerdote dos poderes: el uno, que llamamos de órden; el otro que llamamos de jurisdiccion. El un poder, todo sobre el Cuerpo y Sangre Real y verdadera del Hijo de Dios: el otro, sobre el cuerpo místico de su Iglesia. El un poder, para traer obediente á su voz á Dios, á ponerlo desde el cielo acá entre los hombres: el otro poder, para sacar á los hombres, á fuerza de su voz, del mismo infierno de las culpas, hasta ponerlo en el cielo. ¿Qué poderes son estos tan admirables, qué dignidad tan sobre humana, y qué autoridad tan divina?

Si uno de nosotros hubiera sido criado antes de fabricar Dios al mundo, y que le hubiera Dios dado el poder de hacer todo este mundo con cuatro palabras; si con esas cuatro palabras hubiera criado cuantos millones de hombres ha habido en la tierra; y si á todos esos con cuatro palabras les hubiera dado la gloria; y si esto lo pudiera repetir cuantas veces quisiera; si pudiera criar un cielo á cada instante; si pudiera formar un sol á cada palabra, ¿qué hombre es este, dijéramos, tan poderoso y tan admirable? Pues todo eso junto, es nada respecto de lo que hace el sacerdote cuando consagra, (*Les. de perf. div. l. 12. n. 121.*) con una accion tan poderosa, que si el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo no estuviera del todo en el mundo, solo á fuerza de sus palabras se criara de nuevo, y de nuevo se produjera. ¿Pues qué tiene que

ver la fábrica del mundo, y de millares de mundos, con esta la suprema de las maravillas de Dios? Aquí atónitos se pasman los Angeles, dice San Agustin, y como criados asisten al sacerdote, (*Aug. apud. Turlot.*) ya que no consiguieron ellos la dignidad que logran los hombres: *Sacerdos hoc ineffabile conficit misterium, et Angeli conficienti tanquam famuli asisstant.*

Celebraba órdenes San Francisco de Sales, (*in ejus vit.*) y habiendo ordenado á uno de Sacerdote, reparó, que al salir aquel de la puerta de la Iglesia, yendo solo, con todo eso se paró con ademanes de hacer cortesía á otra persona para que pasara. El santo no la veía; llamólo, y preguntóle aparte, ¿qué era aquello? Y él le hubo de confesar que hacia tiempo que el Angel de su Guarda le hacia el favor de mostrársele visible; que siempre le habia traído al lado derecho, y que llegando á alguna puerta, entraba primero siempre el Angel; pero que así que se ordenó de Sacerdote, mudó el Angel el lugar: púsosele ya al lado izquierdo: y llegando á la puerta, por eso me detuve, dijo, porque el Angel se detuvo y no quiso salir antes que yo. Así un Angel soberano venera esta tan sobre humana dignidad. ¿Qué mucho si en un Sacerdote miran aventajarse en el modo, aun lo que en María Santísima ha sido y es, el pasmo y la admiracion de los cielos y de los siglos? Y si en su vientre purísimo encarnó una vez á las palabras de su humildad rendida el Humano Verbo, no una vez ya, sino todos los dias á palabras del mas soberano imperio, se repite esta maravilla en las manos del Sacerdote: *¡Oh, veneranda Sacerdotum dignitas! exclama San Agustin, in quorum manibus, velut in utero Virginali, Filius Dei in-*

*carnatur.* Por eso la Señora, tan repetidas veces ha mostrado el gusto de asistir desde el cielo á este divino Sacrificio. Al padre Antonio Ruiz de Montoya, de nuestra compañía, (*Aun. dierum societ. 11. April.*) al revestirse para celebrar su primer misa, se le apareció visible la Señora, y saliendo con él, como Madrina suya, desde la sacristía, le estuvo asistiendo por toda la misa con increíble regocijo del nuevo Sacerdote. ¿Qué he de decir de estos favores que pueden llenar libros enteros? Solo referiré para consuelo de todos este suceso.

Refiere el *Discípulo*, (*Disciplina in promptuar. verb. Eucharistia exem. 240.*) que un Sacerdote muy devoto de la Santísima Virgen, era muy tentado acerca de la fé de este Soberano Misterio. Clamaba á esta Señora con oraciones y lágrimas, por verse libre de esta tentacion; y un día diciendo misa, antes de llegar al *Pater Noster*, se le desapareció de sobre los Corporales la Hostia que tenía consagrada: quedó atónito, buscó, miró por todas partes, y no parecía, hasta que levantando los ojos á lo alto, vió á la Santísima Virgen con su precioso Hijo en los brazos; y mirándolo amorosa, le dijo: Ves aquí al que yo parí quedando Virgen, y el mismo que tú ahora consagraste y poco há tuviste en tus manos y alzaste, y el que de ordinario comes y bebes en el Altar. Ves, aquí te le pongo para que con reverencia y devocion le consumas. Y poniendo el bellissimo Niño en los Corporales, desapareció todo, sin hallar allí el Sacerdote mas que la Hostia. ¡Oh! y así esta dulcísima Señora y Madre nuestra, nos le ponga en nuestros corazones, para la devocion y ternura, para la fé y la veneracion, y que por medio de tan Soberanos

Misterios, y por mano de los Sacerdotes, nos conduzcan á verla en la gloria.